OTRAS RAZONES

CONMEMORAR LA CONSTITUCIÓN

Nada habría que objetar a la celebración del aniversario de la Constitución si lo festejado fuera el hecho, nada asombroso en un pueblo acobardado desde hace casi sesenta años, de que lleve veinte de vigencia. Pero no es esto lo que se celebra: se viene haciendo lo mismo desde el primer año. Ni tampoco la perfección de la Norma, pues se reconocen sus errores y deficiencias. Lo que se festeja, haciendo memoria colectiva de lo que no está en la memoria personal, no es un hecho capaz de ser registrado por la historia real, ni un acontecimiento legendario de los españoles, memorable por su grandeza, sino un empeño metafísico de la clase gobernante de transformar la conciencia histórica de España en conciencia patriótica de la Constitución. Lo metafísico consiste en ver en ella el hecho de la existencia de España, como forma adjetiva de un sustantivo Estado monárquico; y no un hecho de la experiencia de los españoles, como forma sustantiva de dejarse gobernar por un accidental sindicato estatal de partidos.

La repugnancia del empeño metafísico está, mucho más que en el desmentido de los hechos físicos de la historia, en su propósito inhumano de hacer creer a los gobernados que fueron ellos mismos los que , ebrios de pánico por la peligrosidad de gobernarse a sí, con libertad política, impusieron a la clase gobernante el gran sacrificio de gobernarlos, bajo la condición de que renunciara a los motivos ideológicos que la dividían en grupos opuestos, y permaneciera unida en un Estado de partidos, sin separar los poderes estatales y separando los poderes regionales. Masoquista mandato popular que fue cumplido a rajatabla por los epígonos de la dictadura y los antífonos de la democracia.

Para huir del temor a la libertad constituyente, se unieron por consenso monárquico, con un pacto secreto de olvido del pasado, y de reparto de los intereses y ambiciones que genera el Estado. Aquel pacto de reparto, meollo de la Constitución y del sistema electoral, fue animado por los que se oponían a la ruptura bajo el absurdo de que se podía llegar a la democracia por la vía de reforma, sin salir de la legalidad. Estos formalistas no tuvieron escrúpulos en romper luego la legalidad, para dar a las Cortes legislativas, por mandato de sus jefes de partido, la naturaleza de constituyentes de una Real oligarquía. Y el pueblo, contento de que sus liberales nuevos amos le permitieran gritar libertad y votar sin ella a laistas, y no a personas, aceptó el paquete constitucional, como un regalo, sin abrirlo. Esta es la memoria de la historia real. la únicas que se puede probar, como la de la ciencia.

La memoria animal es un don instintivo y, por tanto, irreflexivo e involuntario. la evolución extendió el registro de la memoria humana, dándole la facultad de recordar de modo simultáneo los vestigios de muchas clases de percepciones y de pocas emociones. La memoria pasó a servir de escaparate de objetos a los apetitos de placer; de cámara de los horrores a la imaginación del dolor; de página ilustrada al libro abstracto de la inteligencia; y de molde plástico a la conciencia de identidad en los sujetos o personas individuales. La memoria, por referirse al pasado, es de médula histórica. Pero llamamos «memoria histórica» a la que registra el molde colectivo donde se fragua inconscientemente la conciencia de unidad de los sujetos de la historia. Y «memoria colectiva», a la que archiva emociones de multitudes ocasionales afectadas por una misma pasión de temor o de esperanza.

Conmemorar el día de la Constitución es «hacer memoria colectiva» de la emoción que produce, en una multitud ocasional de ciegos partidarios, la esperanza en una reglamentación partidista de la vida política. Memoria colectiva contra irrevocables memorias personales de la traición a la libertad del pueblo, para que se diera la forma de Estado y de gobierno de su elección. Memoria oficial contra otras memorias colectivas de amarga desilusión (demócratas republicanos) o desesperanza (nacionalistas vascos, anarquistas y fascistas). Y memoria metafísica contra la memoria histórica de España, sujeto de la Historia, independiente de ésta y de cualquier constitución. Los intereses de una conmemoración no son los de la memoria.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL VIETNAM ESPAÑOL

Las conmemoraciones del noventa y ocho están tocando a su fin. Acabo de regresar de Méjico, del último encuentro sobre aquella generación y aquella época en que he participado, tras otras jornadas, iniciadas, madrugadoramente, y a primeros de enero, en Cuba, proseguidas en Estados Unidos y, naturalmente en España. La rememoración de aquel fin de siglo, hacen cien años, lejos de resultar puramente arqueológica, conforme pensaría el actualismo desmemoriado que nos domina, ha suscitado problemas muy vivos. Es aleccionador contrastar aquel fin de siglo y el actual, tanto en su panorama español e iberoamericano como en el mundial. Inevitable y afortunadamente, los puntos de vista mantenidos en los debates a que he asistido han sido muy variados. Pero una idea dominante ha cruzado las discusiones, la visión del valor positivo que los acontecimientos ocurridos en el 98, y los simbolizados en esta fecha epónima, han alcanzado, contemplados desde la altura actual, no sólo para Iberoamérica, sino también para España y sus relaciones con el mundo americano de nuestra lengua.

Al iniciarse este año que se extingue y mirar hacia el pasado 98, no dejó de haber voces, especialmente en los medios oficiales, que contraponían el optimismo resplandeciente de nuestros días al llamado «pesimismo del 98». Frente al desastre y la derrota, la España integrada en la OTAN, capaz de aplastar al resto del mundo, si los EEUU, antiguos enemigos y ahora superiores jerárquicos lo deciden. Frente al «dolor de España», las sonrisas inmensas de nuestros políticos, llenando las pantallas de la TV, expresando la plétora de felicidad de la España en que «todo va bien». Y es que nada resulta más ridículo que una gallina, exultante con su aleteo de corral, que desprecia a un águila herida ansiosa de remontar las alturas.

Pero, sobre todo, hay que preguntarse para quien la independencia de Cuba representó un desastre. No ciertamente para los cubanos que la deseaban. Mas tampoco para la mayoría del pueblo español, especialmente para sus clases populares, que, incapaces de pagar la «cuota», eran llevadas al matadero, pésimamente pertrechadas y atendidas. Los intereses que mantenían la guerra colonial no eran sino los de los altos mandos del ejército y de los capitalistas –especialmente los fabricantes catalanes de paños– ansiosos de mantener un mercado. En la opuesta rivera el Partido Socialista y los más lúcidos intelectuales condenaban la guerra colonial. A Baroja le sorprendía la indiferencia del pueblo ante la pérdida de las últimas colonias, sin embargo era bastante lógica. la conquista y la colonización fueran empresas populares; más populares que orientadas por la política regia centrada en Europa. Ahora, cuando los descendientes criollos de los conquistadores y colonos se sublevaban contra el dominio de la Metrópoli, los papeles se habían invertido.

De algún modo tal historia, salvando inmensas diferencias, a un ritmo –un «timing» del que había sido el más importante imperio moderno. Pero, entre estas diferencias se da una esencial, la aproximación que la liberación del yugo colonial produjo entre los pueblos de España es Iberoamérica. Y el reencuentro la búsqueda al menos, de la identidad y realidad propia de tales pueblos. Es en aquel fin de siglo, cuando, como han subrayado en el último encuentro Leopoldo de Zea, por parte de Méjico, y Abellán, por parte de España, los pensadores iberoamericanos pasan de la repulsa de la herencia española a su aceptación, a su reconocimiento como clave fundamental de su ser frente al imperialismo estadounidense que los acecha. Y en España, bajo falsedad política de la Restauración, se desarrolla a través del movimiento obrero y campesino, del feminismo, del despertar científico e intelectual, la reconstrucción de un país. proceso que la sublevación contra la República y la dictadura franquista quiso interrumpir, pero que siguió vivo en el exilio y la resistencia, y alienta aun bajo la cortedad gallinácea del poder actual. Y la gran lección es ésta, cómo los pueblos pueden encontrarse consigo mismos y con los otros hermanos, cuando las relaciones de dominación son superadas. Algo que, por desgracia, la experiencia de Vietnam aún no ha supuesto para los Estados Unidos.

Carlos PARIS

TODOS EN LA CÁRCEL

Ya barruntaba *Juan Bravo*, como cualquiera, por otra parte, que la carrera por la paz en el País Vasco iba a estar llena de sorpresas. Pero lo que no podía siquiera imaginar es que desde los propias filas del radicalismo abertzale se apostase por apartar del proceso a ilustres compañeros de lucha .

Lo cuenta el espía paraguayo, que acaba de regresar de un viaje que le ha llevado a recorrer la orilla izquierda del Nervión y buena parte de Guipúzcoa. Escondido como estaba en el comedor privado de un restaurante de renombre, pudo escuchar las conversaciones de dos de los «expertos» que cocinan estos días la agenda de las futuras negociaciones entre el Gobierno y los representantes del entorno etarra.

Se hablaba, claro está, de presos y de cómo acordar el acercamiento a cárceles del País Vasco. Había discusiones y multitud problemas. Pero el espía asegura que todo fue de rositas cuando se habló del caso de los anteriores miembros de la mesa de HB, los que purgan condena a raíz del juicio por el tristemente célebre video «electoral». Y es que el cambio de siglas de HB por EH incluye al parecer la jubilación forzosa de los antiguos jefes del entorno de ETA y que los nuevos cargos le han cogido tanto gusto al sillón hoy en tregua, que prefieren ver a sus predecesores entre rejas. Y lo mismo piensan los negociadores del PP, no sea que los malos vuelvan por sus fueros...

Juan BRAVO